

«Las palabras no son nunca inocentes»

Alejandro Cioranescu. *La forma del tiempo. Estudios de literatura general y comparada*. Edición de Andrés Sánchez Robayna. Madrid: Biblioteca Nueva, 2014, 300 págs.

JOSÉ FRANCISCO RUIZ CASANOVA
Universitat Pompeu Fabra
jose.ruiz@upf.edu

Hablar de Literatura Comparada, en España, y al menos durante los años que van de 1940 a 1970, era poco menos que ser tratado de *no especialista*; y tal etiqueta, en pleno imperio de la Estilística, suponía esbozar muecas de indulgencia, cuando no de compasión. La Literatura Comparada —y los *comparatistas*, pues— eran los *no especialistas*, aquéllos que se empeñaban en interesarse por conjuntos literarios de tal magnitud que pocos filólogos de la vieja escuela creían materia viable de estudio ni, mucho menos, «ciencia literaria» que alumbrase conocimiento alguno. Para muchos, y durante bastante tiempo, sobre todo en las filologías de cuño clásico, comparar suponía salirse de los límites estipulados, abarcar territorios ignotos y expresados en otras lenguas y, en definitiva, una pérdida de tiempo.

El auge de los estudios de las *literaturas nacionales* (aquella suerte de herencia cultural que nos legara el Romanticismo) seguiría llenando los pulmones, y las páginas, de la Filología hasta, al menos, la segunda mitad de los años sesenta en España; y, desde luego, no comenzó a tener cabida como materia de respeto y espacio académico hasta no antes de finales de los años setenta. Ser *comparatista* era querer *saber mucho de mucho* cuando la filología de microscopio y escalpelo poco más pretendía que *saber algo de muy poco*.

En realidad, detrás de tal desencuentro se hallaban, como bases firmes, algunas de las carencias mismas de una cultura, aquéllas que comprenden desde la herencia literaria de una lengua que representara a un Imperio hasta, no menos importante, el desprecio pedagógico que toda una cultura tuvo desde siempre por el conocimiento de las lenguas extranjeras. Restaurar, pues, semejantes carencias ha llevado su tiempo; y, aun hoy día, la Literatura Comparada despierta no pocos recelos académicos, en ocasiones alimentados por un falso comparatismo que, de forma desordenada —cuando no desprejuiciada o entusiastamente afiliada a la última escuela que ha logrado acuñar un concepto que pasear por títulos de artículos, congresos y ponencias— ha añadido el marbete de «estudio comparado» a cualquier ocurrencia más allá de lo razonable, lo necesario o lo interesante.

Aun así, cabría reconocer en las *filologías nacionales* ciertas raíces comparatistas (desde el interés por la traducción hasta el estudio de fuentes, imitaciones e influencias), circunscritas, sobre todo, al ámbito de las Filologías clásicas, griega y latina; pero más allá de estas líneas reconocibles y reconocidas para el estudio de la propia literatura, de explicaciones plausibles sobre sus orígenes o sobre sus perfiles, no fue hasta que los estudios filológicos

abordaron la literatura moderna y contemporánea con nuevos armazones teóricos y con la herencia de los estudios clásicos cuando por fin se comprendió que el estudio de las literaturas nacionales excedía marcos geográficos, lingüísticos, fronteras de todo tipo y que, por excederlas, precisaba de nuevas herramientas de análisis, de nuevos lectores de la tradición nueva, y del conocimiento y lectura de las literaturas modernas —también de los períodos clásicos— de otras lenguas.

Alejandro Cioranescu (1911–1999) fue, en este sentido, uno de los pioneros de la Literatura Comparada en España. Su formación, primero en Rumanía —entre sus compañeros de clase y amigos de siempre se contaban nombres como Mircea Eliade y Eugene Ionesco— con Nicolae Iorga, y después en Francia, con Baldensperger, Van Tieghem y Hazard, hicieron de él un comparatista de la vieja escuela (estudios A en B, tematología, etc.) que devendría, finalmente, uno de los teóricos de las literaturas más singulares y provechosos para una tradición, inexistente, que él y algunos otros como él, modelaron entre los años sesenta y noventa del pasado siglo. Después de la Segunda Guerra Mundial, después de casi tres lustros viviendo y trabajando en Francia, Cioranescu, víctima como tantos otros de la incompreensión y de la rigidez intelectual del régimen comunista de su país, dejaría de gozar de su puesto como agregado cultural y tuvo que buscar un espacio académico fuera de las instituciones galas. La oportunidad se le presentaría en forma de plaza como lector de francés en la Universidad de La Laguna, en 1948, y fue allí, en Tenerife, lugar al que acudió con temor y esperanza, donde desarrollaría la parte más importante de sus estudios y donde residiría hasta sus últimos días.

De 1954 es el volumen *Estudios de Literatura española y comparada*, libro que se abre con un ensayo de curioso título: «Dante y las Canarias»; y a él siguen varios trabajos sobre escritores canarios (sobre todo, Iriarte y Viera y Clavijo), así como estudios comparatistas de cuño clásico (tópicos, influencias, temas, etc.) como los dedicados a Calderón y el teatro francés o su «Victor Hugo y España». Es decir, tan sólo cinco años pasados desde su llegada a Tenerife, Cioranescu no sólo escribe en español y ofrece estudios sobre autores de la literatura local sino que, además, ha logrado incardinar en aquella Universidad el espíritu de la escuela comparatista francesa que, durante su estancia en el país vecino, había dado, entre otros frutos, la lectura de su monumental tesis doctoral *L'Arioste en France, des origines à la fin du XVIII^e siècle* (1939), y que coronaría, en lo que hace a sus estudios sobre literatura francesa, con la *Bibliographie de la littérature française au XVII^e siècle* (1959), obra ésta continuada en sendos volúmenes dedicados a los siglos XVII (en 1965–1966) y XVIII (en 1970). En 1977, la Real Academia Española imprimiría su *Bibliografía francoespañola 1600–1715*.

En 1964, y fruto de unas notas preparatorias para un curso que solicitaron impartiese Cioranescu sobre Literatura Comparada en la universidad tinerfeña, son sus *Principios de Literatura Comparada*, un breve manual de apenas ciento treinta páginas y que debe ser considerado, en rigor, como el primero sobre dicha materia escrito originalmente en lengua española. Con la modesta vinculación a la Universidad y debido, fundamentalmente a los rigores administrativos, para los extranjeros, de las instituciones académicas durante el régimen franquista, tal y como han contado Andrés Sánchez Robayna y también Lilica

Voicu-Brey (autora de una cumplidísima tesis doctoral sobre Cioranescu), el estudioso rumano fue profesor en La Laguna hasta 1979, amén de *Maître de conférences* de Literatura Comparada (en 1964) y Catedrático de tal materia (en 1978), distinciones que le otorgara el gobierno francés.

Algunos títulos de «Don Alejandro» —tal y como se referían al intelectual en Tenerife— fueron reeditados, entre ellos sus *Principios...*, un libro del que se había hecho una corta tirada y que resultaba inencontrable; otras obras (estudios de literatura e historia canaria, estudios temáticos, proyectos de libros, análisis de textos, ensayos sobre fuentes, fluencias e imitaciones, así como textos sobre teoría de la literatura), hasta un total de más de quinientas referencias, siguen formando parte de corpus bibliográficos sobre la obra de Cioranescu, como los recogidos, tanto en español como en rumano, por la profesora Voicu-Brey. Andrés Sánchez Robayna, discípulo y colega académico en La Laguna de Don Alejandro, es uno de los estudiosos que más tiempo ha dedicado a la labor de la difusión, de la reivindicación y de la ubicación de la obra de Cioranescu en el lugar que debe ocupar en el estudio de las literaturas española, francesa, canaria, italiana, románicas en general y, asimismo, de la Literatura Comparada. *La forma del tiempo. Estudios de literatura general y comparada* reúne trece trabajos (entre ponencias, conferencias plenarias y artículos en revistas) dispersos hasta la fecha y que son una buena muestra de la diversidad de intereses, de la capacidad de trabajo y de la aguda penetración en cada uno de los temas que tratara Cioranescu.

Tales asuntos, leídos o publicados originariamente entre 1966 y 1999, fecha de su muerte, abarcan cuestiones relativas a la literatura rumana (Eliade o Eminescu, principalmente), temas como la Atlántida, la utopía y el mito, el tópico de las ruinas, análisis de teoría de la literatura (como su desarrollo sobre la performatividad del discurso literario) y, a mi juicio, dos textos fundamentales para la teoría del comparatismo y la teoría de la traducción: «Imitación e influencia, o la insuficiencia de dos nociones» y «El arte de la traducción».

Si para Cioranescu, «la literatura empieza ahí donde desaparece el referente real» y es «el arte más completo y más profundo», un «método de conocimiento», el marco teórico y referencial que nos brinda la generosidad de su posición como comparatista alumbró muchas —y todas ellas, anticipamos, fructíferas— vías de comprensión del hecho literario en cuanto escritura; pero, también, en cuanto a lectura, a *lección*. Como él mismo advirtiera, «las palabras no son nunca inocentes».